

Breve historia de siete asesinatos

Marlon James

Breve historia de siete asesinatos

Marlon James

Traducción de Javier Calvo
con la colaboración de Wendy Guerra

Nota sobre la traducción

Breve historia de siete asesinatos se estructura en torno a los testimonios de trece personajes ficticios que recuerdan, recrean, mienten, meditan, lamentan o celebran tejiendo una densa trama de relatos cruzados. No hay narrador externo, no hay tercera persona. La historia se despliega como un enorme juego de contrapuntos polifónicos donde cada individuo (cada testigo) exhibe su propia voz singular e intransferible. Unos habitan el territorio de un inglés ciertamente jamaicano, pero más o menos canónico. Otros no salen del dialecto criollo (el *patois*) usado por el pueblo llano de la isla. Varios oscilan entre esas regiones o circulan por la frontera que las separa. Tres hablan un estadounidense genérico. ¿Cómo puede reflejarse esa variedad en una traducción? Si cada jerga «vulgar» está indeleblemente marcada por su tiempo y su espacio, ¿cómo podemos trasladarla a las volubles geografías de otro idioma? Todas las soluciones a ese viejo (e intratable) problema son, en cierto modo, artificiosas. A menudo se ha eludido el obstáculo neutralizando la diferencia, sometiéndola a las texturas al cepillo de una sola pauta normativa. Dejando aparte la dudosa validez de esa receta, emplearla aquí hubiera supuesto la imperdonable mutilación de una novela donde las formas del habla pertenecen al argumento de la obra. El vaivén de los registros verbales no es un mero recurso literario: es también un tema.

¿Qué hacer entonces? Entre los muchos lenguajes del castellano (todos felizmente locales) hemos escogido la versión cubana de la elocuencia caribeña. No, como es obvio, por afinidad lingüística o parentesco gramatical, sino por proximidad física y, sobre todo, psicológica. Casi por analogía. «Jamaica y Cuba son uña y carne», leemos, muy oportunamente, en la página 209 de este libro. Fijado el objetivo, la novelista Wendy

Nota sobre la traducción

Guerra acometió la tarea de cubanizar los pasajes pertinentes en la meticulosa traducción del no menos novelista Javier Calvo. Ustedes juzgarán el producto, pero no es imposible que hayamos acertado.

Para Maurice James,
un caballero extraordinario e inigualado.

Reparto

GRAN KINGSTON (desde 1959)

sir Arthur George Jennings: político difunto
el Cantante: estrella mundial del reggae
Peter Nasser: político y estratega
Nina Burgess: exrepcionista sin empleo
Kim-Marie Burgess: su hermana
Ras Trent: amante de Kim-Marie
doctor Amor / Luis Hernán Rodrigo de las Casas: asesor de la CIA
Barry Diflorio: jefe de la CIA en Jamaica
Claire Diflorio: su esposa
William Adler: exagente de la CIA ahora corrupto
Alex Pierce: periodista de *Rolling Stone*
Mark Lansing: cineasta; hijo de Richard Lansing
Louis Johnson: agente de la CIA
señor Clark: agente de la CIA
Bill Bilson: periodista del *Jamaica Gleaner*
Sally Q: amañadora y soplona
Tony McFerson: político
agente Watson: policía
agente Nevis: policía
agentel Grant: policía

COPENHAGEN CITY

Papa-Lo / Raymond Clarke: capo de Copenhagen City (1960-1979)
Josey Wales: primer sicario; capo de Copenhagen City (1979-1991);
jefe de la Storm Posse
Llorón: sicario; primer sicario de la Storm Posse (Manhattan y Brooklyn)

Reparto

Demus: pandillero

Checho: pandillero

Bam-Bam: pandillero

Funky Chicken: pandillero

Renton: pandillero

Bestia Salvaje: pandillero

Tony Pavarotti: sicario y francotirador

Priest: mensajero y soplón

Junior Soul: soplón; posible espía de Eight Lanes

Banda de Wang: banda de Wang Sang Lands asociada a Copenhagen
City

el Cobre: sicario

el Chino: jefe de banda

Treetop: pandillero

Bullman: sicario

EIGHT LANES

Matasheriffs / Roland Palmer: capo de Eight Lanes (1975-1980)

Chistoso: sicario y subjefe

Buntin-Banton: capo de Eight Lanes (1972-1975)

Estropajo: capo de Eight Lanes con el anterior (1972-1975)

FUERA DE JAMAICA (1976-1979)

Donald Casserley: traficante de drogas y presidente de la Jamaica
Freedom League

Richard Lansing: director de la CIA (1973-1976)

Lindon Wolfsbricker: embajador estadounidense en Yugoslavia

almirante Warren Tunney: director de la CIA (1977-1981)

Roger Theroux: agente de la CIA

Miles Copeland: agente de la CIA

Edgar Anatolievich Cheporov: corresponsal de la agencia Novosti
Freddy Lugo: activista de Alpha 66; miembro de la Coordinación de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU)
Hernán Ricardo Lozano: activista de Alpha 66; miembro de la Coordinación de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU)
Orlando Bosch: activista de Omega 7; miembro de la Coordinación de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU)
Gael y Freddy: activistas de Omega 7; miembros de la Coordinación de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU)
Sal Resnick: periodista del *New York Times*

MONTEGO BAY, 1979

Kim Clarke: desempleada
Charles / Chuck: ingeniero en Alcorp Bauxite

MIAMI Y NUEVA YORK (1985-1991)

Storm Posse: mafia de narcotraficantes jamaicanos
Ranking Dons: mafia de narcotraficantes rival de la Storm Posse
Eubie: primer sicario de la Storm Posse (Queens y el Bronx)
A-Plus: socio de Tristan Phillips
Pig Tails: sicario de la Storm Posse (Queens y el Bronx)
Ren-Dog: sicario de la Storm Posse (Queens y el Bronx)
Omar: sicario de la Storm Posse (Manhattan y Brooklyn)
Romeo: traficante de la Storm Posse (Brooklyn)
Tristan Phillips: preso en Rikers Island; miembro de los Ranking Dons
John-John K: asesino a sueldo y ladrón de automóviles
Paco: ladrón de automóviles
Griselda Blanco: jefa del Cártel de Medellín en Miami
Baxter: sicario de Griselda Blanco

Reparto

los camisas hawaianas: sicarios de Griselda Blanco

Kenneth Colthirst: vecino de Nueva York

Gaston Colthirst: su hijo

Gail Colthirst: su nuera

Dorcas Palmer: cuidadora

Millicent Segree: estudiante de enfermería

señorita Betsy: encargada en la agencia de empleo God Bless

Monifah Thibodeaux: drogadicta

Gonna tell the truth about it,
Honey, that's the hardest part.*

Bonnie Raitt, «Tangled and Dark»

If it no go so, it go near so.**

Refrán jamaicano

* Voy a contarte la verdad sobre eso, / cariño, ésta es la parte más dura.

** Si no va así, anda muy cerca.

Sir Arthur George Jennings

Escuchen.

Los muertos no paran de hablar. Tal vez porque la muerte no lo es en absoluto, quizá no es más que quedarse castigado después de la escuela. Sabes de dónde vienes y siempre vuelves de ella. Y sabes adónde vas, aunque parece que no llegas nunca y que sólo estás muerto. Muerto. Parece algo definitivo, pero es una palabra a la que le falta acción. Te encuentras con hombres que llevan más tiempo muertos que tú pero que no van a ninguna parte y los oyes aullar y mascullar porque todos somos espíritus, o al menos creemos serlo, aunque en realidad simplemente estamos muertos. Espíritus que se meten dentro de otros espíritus. A veces una mujer se mete dentro de un hombre y gime como si estuviera recordando la sensación de hacer el amor. Los espíritus lloran y se quejan muy alto, pero a través de la ventana todo lo que se oye son silbidos o cuchicheos bajo la cama, y entonces los niños creen que hay un monstruo. A los muertos les encanta yacer bajo los vivos por tres razones. 1) La mayor parte del tiempo la pasamos acostados. 2) Vista desde abajo, la cama parece la tapa de un ataúd, pero 3) sobre ella hay peso, un peso humano en el que te puedes meter para hacerlo todavía más pesado, y para escuchar los latidos del corazón mientras lo ves bombear y oír el susurro de los orificios nasales cuando los pulmones expulsan el aire y envidiar hasta la más breve de las respiraciones. No tengo ningún recuerdo de ataúdes.

Los muertos, sin embargo, no paran de hablar y a veces los vivos los oyen. A eso me refería. Cuando estás muerto, el habla no es nada más que tangentes y desvíos, y tampoco hay nada que hacer más que apartarse del camino y deambular un rato. Bueno, al menos eso hacen los demás. Lo que quiero decir es que los difuntos aprenden de los demás difuntos, aunque no es fácil. Yo, por ejemplo, podría escucharme a mí mismo insistir, delante de quien me

quisiera oír, en que, de hecho, no me caí, sino que alguien me empujó desde el balcón del hotel Sunset Beach de Montego Bay. Y no puedo decir: cállate de una vez, Artie Jennings porque todas las mañanas me despierto y tengo que volver a recomponer mi cabeza aplastada como una calabaza. E incluso mientras digo esto recuerdo perfectamente cómo hablaba entonces: ¿les gusta esta movida, chicos? Con esto quiero decir que el Más Allá no es ninguna rumba, no es ninguna gozadera, paisano, ¿ves tú a esos tipos enrollados metiéndose en líos? Pues aquí nunca les han gustado esas cosas, de modo que lo único que puede hacerse es esperar al tipo que me mató, y no hay manera de que se muera, se limita a envejecer y envejecer y a agenciarse mujeres cada vez más jóvenes y a engendrar con ellas camadas y más camadas de niños cortos de luces y a hundir así este país.

Los muertos no paran de hablar y a veces los vivos los oyen. A veces él me contesta si lo pilló en buen momento, cuando está dormido y los ojos se le empiezan a mover de un lado para otro, y me sigue hablando hasta que su mujer le arrea una bofetada. Pero yo prefiero escuchar a los muertos veteranos. Veo a hombres con calzones raídos y gabanes ensangrentados que me hablan, pero les sale sangre de la boca y, ¡Dios bendito!, ¡qué atroz fue la rebelión de los esclavos aquella!, y por supuesto, esa reina no nos ha servido para nada de nada desde que la West India Company empezó a perder terreno lamentablemente en beneficio de la East, y por qué hay tantos negros a los que les da por dormir tan mal y donde se les antoja, y maldita sea mi estampa, no sé dónde he dejado la mitad izquierda de mi cara. Estar muerto es entender que muerto no significa desaparecido, sino que estás en pleno páramo. El tiempo no se detiene. Lo ves moverse, pero tú estás quieto, igual que un cuadro con sonrisa de gioconda. Y en ese espacio una garganta degollada hace trescientos años y una muerte en la cuna de hace dos minutos son lo mismo.

Si no pones atención a la manera como duermes, te encontrarás a ti mismo igual que te encontraron los vivos. Yo estoy tumbado en el suelo, con la cabeza como una calabaza aplastada, la pierna dere-

cha torcida por detrás de la espalda y los dos brazos doblados de una forma en que los brazos no deberían doblarse, así que desde las alturas del balcón parezco una araña muerta. Estoy al mismo tiempo allí arriba y aquí abajo, y desde allí arriba me veo a mí mismo tal como me vio mi asesino. Los muertos reviven un movimiento, una acción o un grito y vuelven a estar ahí, igual que antes, en el tren que no redujo la marcha hasta descarrilar, en la cornisa del piso dieciséis del edificio o en el maletero donde se agotó el oxígeno. Cuerpos de pandilleros que revientan como globos pinchados al recibir cincuenta y seis balazos.

Nadie se cae de este modo si no lo empujan. Lo sé muy bien. Y también sé qué aspecto tiene y qué siente un cuerpo que cae al vacío forcejeando con el aire, intentando agarrarse a nada de nada y suplicando por que una vez, una sola vez, una jodida y única vez, ¡Dios bendito!, hijo de la grandísima puta, una sola vez el aire ofrezca algo a lo que agarrarse. Y aterrizas en una zanja de metro y medio de profundidad o bien en un suelo con baldosas de mármol que hay cinco metros más abajo, y todavía estás pataleando cuando el suelo sube e impacta contra ti porque ya se ha cansado de esperar sangre. Y seguimos muertos pero nos despertamos, yo en forma de araña aplastada y él de cucaracha quemada. No recuerdo ningún ataúd.

Escuchen.

Los vivos esperan a ver qué pasa porque se engañan a sí mismos creyendo que tienen tiempo. Los muertos ven qué pasa y luego aguardan. Una vez le pregunté a mi profesora de catequesis que, si el paraíso es el lugar de la vida eterna y el infierno es lo contrario, entonces ¿qué es el infierno? Un sitio para niños insolentes y desvergonzados como tú, me dijo. Sigue viva. La veo en el Hogar de Ancianos Eventide, demasiado vieja y demasiado estúpida ya; ha olvidado cómo se llama y habla con un murmullo tan apagado que nadie puede oírla decir que tiene miedo al anochecer porque es entonces cuando vienen las ratas a por los dedos que le quedan en los pies. Y veo más que eso. Si miras con la suficiente atención, o basta con que mires a la izquierda, verás un país que sigue exactamente

como lo dejé. Jamás cambia: cuando estoy con personas, resulta que son idénticas a como eran cuando las dejé; la edad no altera nada de nada.

El hombre que fue padre de una nación, para mí más padre incluso que el mío de verdad, lloró como una mujer que acabara de enviudar de repente al enterarse de que yo había muerto. Nunca adviertes que los sueños de los demás están conectados contigo hasta que te mueres, y entonces ya no puedes hacer nada más que verlos morir de una forma distinta, despacio, una extremidad tras otra, un sistema tras otro. Problemas cardíacos, diabetes: enfermedades que matan despacio y con nombres que suenan a lento. Es el cuerpo que va a la muerte con impaciencia, pedazo a pedazo. Vivirá lo bastante para ver cómo lo convierten en héroe nacional y morirá siendo el único que cree haber fracasado. Es lo que sucede cuando encarnas las esperanzas y los sueños en un solo individuo: se convierte en un simple recurso literario.

Ésta es la historia de varios asesinatos, de unos chicos que no significaban nada para un mundo que prosigue su curso, pero en quienes, cuando pasan a mi lado, percibo el aroma dulzón y asqueroso del hombre que me mató.

El primero se desgañita como un cerdo, pero el grito se le detiene en el umbral de los dientes porque lo han amordazado y la mordaza sabe a vómito y a piedra. Alguien le ha atado las manos a la espalda, pero da la sensación de que las ligaduras están flojas porque se le ha levantado toda la piel de las muñecas y la sangre está engrasando la cuerda. Patalea con ambas piernas porque tiene la derecha atada a la izquierda, da patadas contra la tierra que se eleva un metro y medio, dos metros, y no puede ponerse de pie porque está lloviendo barro y tierra y del polvo al polvo y rocas. Una roca le golpea en toda la nariz y otra se le clava en el ojo y se lo revienta, y él grita, pero el grito le llega a la punta de la boca y vuelve hacia dentro como un reflujo; la tierra es como una inundación que no para de subir y él ya no puede verse las puntas de los pies. Entonces se despierta y sigue muerto; no quiere decirme cómo se llama.